

Cardenal Dr. Isidro Gomá y Tomás

PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES MT. 25, 1-13

Explicación . — Pertenece esta parábola al llamado "ciclo de la vigilancia"; es propia de Mateo y una de las más hermosas del Evangelio. Su exposición es de extraordinaria delicadeza y su conclusión impresiona por lo rápida y trágica. Se ha dicho con razón que tiene esta parábola el encanto de Lucas, la vivacidad de Marcos, con algo de tierno y melancólico que hace recordar a Juan.

Entonces, en el tiempo en que Cristo ha de venir, será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes...; es decir, en el reino mesiánico, en la Iglesia y en el cielo sucederá algo semejante a lo que les ocurrió a las diez vírgenes... Toma Jesús la parábola de las costumbres judías en la celebración de la boda: la esposa o prometida está en casa de sus padres, hacia la caída del día rodeada de diez amigas, esperando al esposo, que saldrá de la suya con sus amigos para ir a buscarla y llevarla consigo; se formará alegre cortejo de jóvenes de ambos sexos, cada uno de los cuales llevará su lámpara encendida colgada de un palo, y entre cantos y al son de músicos instrumentos se dirigirán a casa del esposo, donde se celebrará suntuoso festín, entrada ya la noche (Vide t. I, página 134). El número diez es número de totalidad o universalidad; con los diez números se escribe toda cantidad (cf. Gen. 31, 7.41; Lev. 26, 26; Luc. 19, 13). La virginidad es aquí idea secundaria; todo lo más podría significar la pureza de cuerpo y espíritu, ya que en las diez vírgenes la mayor parte de los intérpretes entiende la totalidad de los fieles cristianos.

Tomaron las diez vírgenes sus lámparas, semejantes a pequeñas escudillas donde había una corta cantidad de aceite con un pabilo, colgáronlas en sendos bastones o pértigas y fueron a casa de la esposa para recibir con ella al esposo y su acompañamiento: Que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo y de la esposa. En las lámparas encendidas viene significada la gracia santificante o caridad. El esposo es Jesús, que viene a celebrar sus bodas con la Iglesia. (Mt, 9, 15; 2 Cor. 11, 2; Apoc. 19, 7, etc.); todos debemos formar en el cortejo de la Esposa para entrar en el celestial convite.

No fue igual en las diez vírgenes el espíritu de previsión y diligencia: cinco de ellas eran ligeras casquivanas; las otras cinco, sesudas, de sentido práctico: Mas cinco de ellas eran fatuas, y cinco prudentes. Las primeras, que juegan en esta parábola el principal papel, tomaron las lámparas con su aceite, pero sin llevar repuesto en alcucias o vasos: Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite. En cambio, las prudentes, a más del aceite de las lamparillas, llevaron consigo mayor cantidad en sendas vasijas: Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. El aceite significa las buenas obras y el ejercicio de las virtudes, fuga del pecado, oración, uso de los sacramentos, etc., con todo ello se

alimenta la llama de la caridad, como la de la lámpara con el aceite.

Tardó en venir el esposo: es el espacio de tiempo que se nos concede para el bien obrar. Las diez vírgenes, como suele suceder a quienes de noche tienen que esperar mucho, empezaron por dormitar y luego se durmieron completamente: Y como tardara el esposo, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas. En este sueño se simboliza el olvido y despreocupación, en que suelen incurrir buenos y malos, en lo tocante a la venida del Señor. Pero súbitamente, en pleno olvido de la venida del esposo, significado por las tinieblas de la media noche, se oye el vocerío de los que han visto de lejos venir al esposo con su acompañamiento y que llaman a quienes deben juntarse a la comitiva: Mas a media noche se oyó gritar: ¡Mirad que viene el esposo! ¡Salid a su encuentro! Este clamor súbito en medio de las tinieblas representa la voz de la trompeta con que los ángeles del Señor llamarán a los humanos a juicio cuando menos piensen.

Despertaron al clamor las dormidas vírgenes, se levantaron y despabilaron sus lámparas: Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Las cinco necias advierten entonces su imprevisión: sus lamparillas tienen ya escaso aceite, y van a quedar sin luz; como no llevaron aceite para rellenarlas, se lo piden a las prudentes: Y dijeron las fatuas a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Este versículo y el siguiente son de mero adorno literario de la parábola, pues el día de la venida del Señor no podrá haber ya intercambio de buenas obras: cada cual deberá esperar solamente de las suyas. En la respuesta de las prudentes aparece el legítimo temor de que en el tremendo día ni la abundancia de buenas obras dará la seguridad de la salvación: "apenas si el justo estará seguro", dice la Iglesia: Respondieron las prudentes, diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes a los que lo venden, y comprad para vosotras. Es caritativo consejo, pero ineficaz y fuera de tiempo.

No es tiempo de comprar lo que falta cuando ha llegado el esposo; no hay tiempo de trabajar ni de hacer penitencia cuando viene la noche del juicio, sino que es hora de pagar los descuidos y la necesidad pasada: Y mientras ellas fueron a comprarlo, vino el esposo: y las que estaban prestas entraron con él a las bodas, y fue cerrada la puerta: no pueden entrar en el festín del Señor sino aquellos a quienes halla preparados en su visita.

Llegaron las vírgenes necias cuando todo el cortejo había ya entrado en casa del esposo: llamaron a las cerradas puertas con voz acongojada y suplicante: Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos! Todo inútil: la respuesta del Señor es cerrada negativa, repulsa trágica, que importa la separación definitiva de las necias: Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco. El Señor sólo conoce a los que son suyos por la caridad, a los que son miembros de su cuerpo místico.

Termina la parábola con la aplicación, que no es más que la reiteración del precepto de la vigilancia, tan inculcado en el discurso escatológico: Velad,

pues, porque no sabéis el día ni la hora.

Lecciones morales. — A) v. 2. — *Mas cinco de ellas eran fatuas...* — Es escaso el número de los prudentes según Cristo, e incontable el número de los necios, que no tienen el sentido práctico de las cosas de Dios. Porque si, como dice San Gregorio, es prudente aquel que cree bien y vive bien, y es necio y fatuo aquel que tiene la fe de Jesús, pero no cuida de prepararse con buenas obras, ¿quién será capaz de medir la desproporción que en la Iglesia hay entre los necios y los prudentes? El número de los que se salvan, que son en definitiva los prudentes de esta parábola, sólo por Dios es conocido; pero tengamos la certeza de que no se salvan sino aquellos que llegan al día del Señor con la llama de la caridad encendida en sus almas. ¿Somos prudentes o necios?

B) v. 4. — *Las prudentes tomaron aceite en sus vasijas...* — La caridad, que es la luz de nuestra lámpara, es decir, de nuestra vida, es de suyo inamisible. Los dones del Señor son sin arrepentimiento, y no retira jamás el ósculo de su amor que con él nos une. Pero las terribles concupiscencias, que militan en nuestros miembros y son las formidables adversarias de la caridad, pueden arrebatárnosla, matando la luz y el calor de Cristo en nosotros. Es preciso atenuar la fuerza de la concupiscencia y aumentar la de la caridad, que están siempre en razón inversa: y para ello necesitamos el continuo esfuerzo del bien obrar; es el aceite de repuesto con que alimentaremos la llama de la caridad. Oración, ayuno, mortificación interior y exterior, obras de misericordia, recepción de sacramentos: he aquí los recursos ordinarios para mantener a raya la concupiscencia y avivar la caridad de Cristo en nosotros. Tengamos siempre abundante repuesto del aceite del bien obrar para que no se extinga la vida luminosa de nuestro espíritu, que es el vivir en Cristo.

C) v. 8. — *Dadnos de vuestro aceite...* — Mientras vivimos esta vida mortal podemos ayudarnos mutuamente, en orden a las necesidades temporales y hasta de las eternas. Dios ha querido que los hombres estuviésemos unidos por los lazos de una solidaridad que tiene imponderable eficacia mutua. Pero en el momento preciso en que nos llame el Señor, quedaremos absolutamente solos ante El; todo esfuerzo ajeno, toda buena voluntad ajena nos será inútil; ni los mismos bienes que Dios puso a nuestro alcance para nuestra salvación podrán servirnos: predicación, sacramentos, gracia, serán como si no fuesen para nosotros. ¡Solos con Dios juzgador! "¿Qué diré yo entonces, miserable?", podemos decir con la Iglesia.

¿Diremos tal vez a nuestros amigos, a los sacerdotes, a la misma Iglesia: Dadnos de vuestro aceite? Será inútil: como las buenas obras de los demás son inalienables, así será imposible hacernos con ellas por cuenta nuestra. Ya no hay tiempo: y para bien obrar se necesita tiempo. Sólo en esta tierra se da el aceite de las buenas obras: y Dios nos habrá llamado ya fuera de la tierra, para juzgarnos.

¡Cuan prudentes debiéramos ser, llenando a rebosar el vaso de nuestras almas del aceite del bien obrar, para brillar en el juicio y luego en

eternidades perpetuas!

D) v. 11.— *¡Señor, Señor, ábrenos!* — Magnífica confesión del poder del Señor, dice San Jerónimo: egregia manifestación de la fe cristiana; pero, ¿qué aprovechará llamar de boca a quien desconocimos por las obras? No los que dicen: "Señor, Señor", se salvan; sino los que cumplen la ley, éstos son los justificados, dice el Apóstol (Rom. 2, 13). Por ello es que el Señor, a las vírgenes necias, a pesar de que le confiesen por la fe, lo cual prueba que le conocen, les da esta terrible repulsa: "No os conozco." Porque si bien la fe es un contacto de nuestra inteligencia con el pensamiento de Dios, pero no es lo que da forma cristiana a nuestra vida; esto lo hace la caridad, que es la que imprime en nosotros el sello del Espíritu Santo por el que nos conoce Jesús como suyos, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús.

E) v. 12. — *En verdad os digo, que no os conozco.* — Conoce el Señor a los que son de El (2 Tim. 2, 19); no conoce a quienes le desconocen (I Cor. 14, 38). El Señor lo conoce todo y conoce a todos, porque es el Señor de todo y de todos; pero se trata aquí del conocimiento en orden a la vida eterna. Dios predestinó un mundo de almas, que son las de los elegidos, para darles una participación de su bienaventuranza: quien no ha correspondido a su vocación y a su predestinación queda excluido de este número, y es desconocido del Señor. ¡Que nos conozca el Señor como suyos el día de las eternas bodas! ¡Que no oigamos la terribilísima palabra que oyeran las vírgenes necias: "No os conozco"!

(Tomado de "El Evangelio Explicado" Vol. IV, Ed. Casulleras 1949, Barcelona, Pág. 139 y ss.)